

la filosofía de Sciacca, sino que adelanta su original aporte a la psicología contemporánea; pero en la medida que es buena psicología, no puede menos que incitar el pensamiento filosófico. Y, al mismo tiempo, muestra de modo evidéntísimo la fecundidad y las posibilidades de la antropología de Sciacca. Por experiencia sabemos que filósofos como éste son, hoy, burlados, odiados y rechazados por esa suerte de hostilidad letal del mundo del cálculo, la formalización y la abstracción, formas actuales de la barbarie rediviva, signos de la impotencia del pensamiento desconectado del infinito. Por eso, los pensadores del hombre integral y concreto, deben saber que tienen que remar contracorriente y que este heroísmo es una exigencia del mundo de hoy. Pues bien: Y esto es también verdad (quizá más lacerante aún) para los psicólogos que, como Ruda, desde los mismos supuestos de la psicología científica contemporánea, se atreven no solamente a mostrar sus ambigüedades, sino también a mostrar caminos nuevos a la propia psicología. Claro que tales caminos solamente pueden ser auténticamente nuevos en la medida que se alimenten de lo antiguo, es decir, de la siempre presente reflexión en el ámbito de la interioridad del hombre mismo. Creo que Ruda, por lo que nos muestra en este ensayo, ha abierto varias vertientes para su propia investigación en psicología y que, necesariamente, conducen a la formulación de una psicología de la integralidad. Le incitamos a seguirlas. Estamos seguros del resultado.

ALBERTO CATURELLI

ARISTOTELES, *Poética*, Edición Trilingüe por Valentín García Yebra, Editorial Gredos, Madrid, 1974, 542 pp.

A la edición trilingüe de la *Metafísica*, le sigue ahora esta notable edición de la *Poética* de Aristóteles, debida también a la laboriosidad y constancia ejemplares del Dr. Valentín García Yebra. La Introducción (126 pp.) da cuenta, luego de situar la obra misma, de la tradición manuscrita de la *Poética* y los códices utilizables para la fijación del texto (p. 18); después se interna García Yebra en la tradición impresa de la obra. El texto griego utilizado en esta edición no es otro que el de Rudolf Kassel de la Biblioteca Oxoniense de Escritores Clásicos; en cuanto al texto latino, trátase de la traducción latina de Riccoboni que García Yebra considera, sin duda, la mejor. Ardua labor cumplida por García Yebra al cotejar y corregir en lo posible las erratas advertibles ya en la edición Bekker, ya en la latina de Riccoboni. Intérnase después en las ediciones castellanas de la *Poética*, cada una de las cuales aparece seriamente criticada (como la muy justa crítica a la edición de García Bacca) y, para satisfacción del lector argentino, la única traducción que le merece un franco juicio positivo es la de Eilhard Shlesinger (con Nota preliminar de José María de Estrada), "la mejor, sostiene, con mucho de las traducciones castellanas de la *Poética* publicadas hasta ahora" (p. 111). Sigue luego el texto griego, el latino de Riccoboni, la versión castellana de García Yebra y, por fin, las excelentes notas a la traducción castellana (p. 243-335). Por momentos, parecenme más valiosas que las notas al texto castellano de la *Metafísica* editadas anteriormente, sobre todo por su fino espíritu, su acierto filosófico y filológico. No faltarán críticos más puntillosos que querrán encontrar el detalle, y hasta el descuido; pero puede estar bien seguro García Yebra que su obra benemérita no encontrará un Juan de Sepúlveda que le señale errores esencia-

les ni él encontrará nunca otro Alcyonio que tenga que comprar los ejemplares de su obra para quemarlos. Al contrario: Esta edición no debe faltar en la biblioteca de todo estudioso de la filosofía; no digo de la Filosofía Antigua solamente, sino de la Filosofía sin más y, como ya tuve ocasión de expresarlo con ocasión de la edición de la *Metafísica*, es significativo que una obra de tanto mérito provenga de España precisamente en un momento en el cual Occidente parece obstinado en la destrucción de su propia cultura; que es como decir, en su autodestrucción. Felicitamos, pues, a García Yebra por su meritorio trabajo y felicitémonos por poder disfrutar de esta excelente edición de la *Poética*. Los apéndices y la Bibliografía, utilísimos.

ALBERTO CATURELLI

CLAUDE TRESMONTANT, *El problema del alma*, Ed. Herder, Barcelona, 1974, 194 pp.

Cuando abordamos la lectura de esta obra lo hicimos, en primer lugar y luego de haber repasado su Índice, con la curiosidad de verificar cómo un autor tal como Tresmontant se las habría para desarrollar cuanto pretendía, en 190 páginas; en segundo término, con el interés de conocer su pensamiento en tan importante temática. En cuanto al primer punto, Tresmontant sale airoso, pues demuestra un amplio dominio de la síntesis al ser capaz de resumir en 120 pp. la historia del tema, desde el orfismo hasta Bergson. ¡Nada menos! Con respecto al segundo, las expectativas, creadas incluso a través de precisas y atinadas observaciones y comentarios, quedan defraudadas. Veamos por qué. En la sección histórica se muestra Tresmontant cual justo filósofo y teólogo, y moviéndose con comodidad dentro de un problema que es eminentemente filosófico-teológico discrimina con perspicacia lo verdadero de lo erróneo en tanto cuanto se ha afirmado con respecto al alma humana. Mas en pasando a la sección sistemática a través del puente tendido por una cita de Aristóteles: "Ya tenemos suficiente sobre las teorías tradicionales de nuestros predecesores respecto del alma. Reemprendamos de nuevo la cuestión y, como si estuviéramos en el punto de partida, esforcémonos por determinar nosotros mismo qué es el alma y cuál es la definición más general que podemos asignarle", el vuelco de perspectiva es tan grande como para desorientar momentáneamente.

Esto es especialmente cierto del Capítulo I de esta IIª Parte: "La substancialidad del alma", donde la recurrencia a lo químico-biológico, lícita en sí misma si controlada, aparece dominante y como mostrando al autor pagando tributo a un cientificismo que muy poco de *fundamental* puede decir al caso; y subrayamos lo de fundamental, porque observaciones agudas y detalles teórico-experimentales, sin duda alguna que puede aportarlos. Pero que todo cuanto en este capítulo aparece se deba a ello, es andar descaminado, pues ni aún la noción propia de substancia puede allí aparecer.

Al problema de la inmortalidad del alma aparecen dedicadas las 12 pp. del Capítulo II; aquí no tenemos objeciones de fondo: en efecto y tal cual lo dice Tresmontant, no poseemos argumentos estrictamente demostrativos de una pervivencia del alma más allá de la vida de la persona a la cual actualmente informa; lo que no nos parece correcto es decir, sin más, que "en el caso del organismo vivo la forma es la substancia" (p. 168).